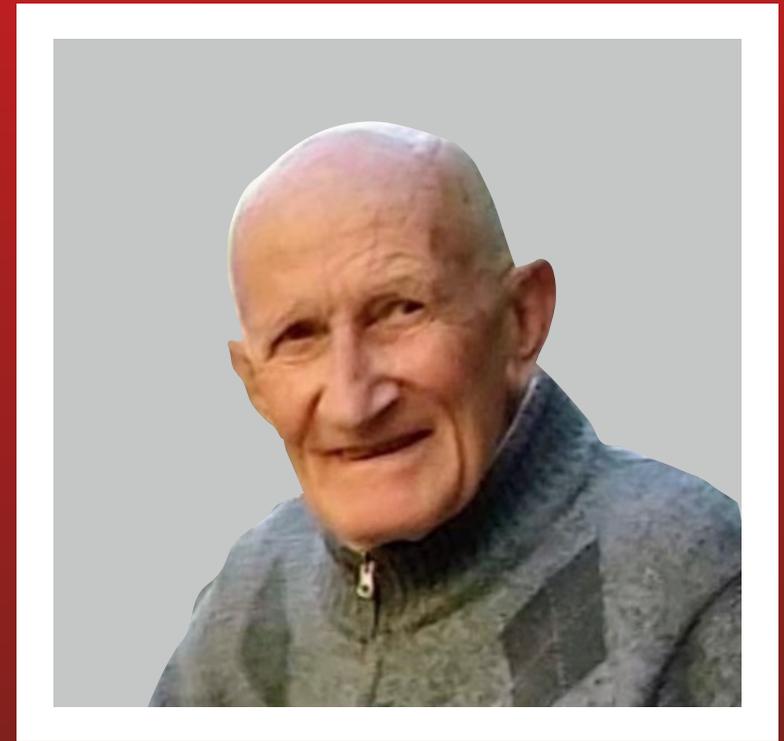


P. EDUARDO
JORGE
SDB



Inspección
Artémides
Zatti



P. EDUARDO
JORGE
SDB

1943 - 2020

Con estas páginas queremos hacer memoria de ese querido salesiano que fue Eduardo Jorge, y lo queremos hacer con la alegría y la gratitud que lo caracterizaban a él y que nosotros mismos sentimos al evocar su persona.

Su nacimiento

Nació en San Nicolás (Provincia de Buenos Aires). Hijo de Eduardo Camilo Jorge y de Isolina Biava, recibió el bautismo el mismo día en que nació.

Leamos al mismo Eduardo para saber algo de sus orígenes: Nací bajo el signo de Tauro – signo de tierra- el lunes 10 de mayo de 1943, hacia las 4 de la mañana. Mi apellido Jorge significa “cultivador de la gleba”, amigo de la tierra. Experimento siempre el orgullo de ser terrícola, de haber nacido de la Pachamama, de la Madre Tierra a la que amo y a la que pertenezco. De ella me siento parte y deudor. En su seno encontraré abrigo y descanso. Creo fielmente que, en ella y con ella me conduzco hacia un destino en el que seré feliz. Mi eternidad está comprometida, comprendida y asumida desde y con la tierra en el Universo infinito hacia el que evolucionamos, rumbo al Amor.

Amo a mi ciudad, San Nicolás, porque tiene la armoniosa calidez del Acuerdo, porque ofrece la dulzura de sus frutales, porque brinda con su añejo vino nicoleño, porque posee la fortaleza y el temple del acero, y porque bendice con las mercedes de María, la humilde Madre del Rosario.

Su padre

A mi papá lo consideré siempre como el mayor e inmejorable guía y referente. Su afecto nos permitió crecer protegidos y saludables. ¡Cómo olvidar los paseos en la motoneta “Vespa” o en el camión Fargo, o en la ruralita Unión! Recuerdo con la misma gratitud sus juegos con nosotros, postergando su comodidad, así como los castigos con los que intentaba corregirnos.

Papá, por el lado de su madre tenía un tío obispo, en Bahía Blanca; por el lado de su padre, un tío que era fraile franciscano. Así y todo, siempre se mantuvo

en una postura crítica y por momentos cerrada ante lo eclesiástico, en una actitud anticlerical típica de su época y de su simpatía por el socialismo, con el que se identificaba.

A papá le adeudo una comprensión y disponibilidad incondicionales no solo en mis enfermedades físicas sino también en los infaltables momentos de confusiones y de perturbación emocional y anímica. Siempre supo contener y acompañar con discreción. Con mi papá fui siempre sincero, transparente, y él lo fue conmigo, hasta su última confesión antes de morir.

Agradezco el privilegio de haber podido acompañarlo y ayudarlo en los dos últimos meses de su vida, hasta su último suspiro el 12 de marzo de 1979. Como todo hijo, "yo quise ser mi papá", en él se encarnan y resplandecen lo mejor de mis ideales.

Su madre

De mi madre continúo recibiendo su cuidado, ternura y protección -a veces en demasía-. El testimonio de su femenina finura y delicadeza, la apertura y generosidad de mente y corazón, el aprecio y la valorización de lo bello. Conservamos como tesoros sus pinturas y bordados, y escritos y mensajes redactados para nosotros, sus hijos. Con su hermana, nuestra tía Elsa, nos entretenían haciéndonos representar obritas de teatro, pesebres vivientes, estimulando nuestras capacidades. Hemos sabido por eso transmitir a nuestros sobrinos el valor de estas cosas dentro de un festejo y encuentro de familia.

Sin renunciar a sus convicciones morales y religiosas, acepta comprende y contiene otras formas de ser y de vivir, extrañas a su historia y a su forma de ver la vida. El sufrimiento que esto puede provocarle, es superado por su maternal cariño y comprensión. Como todo hijo, a mi madre la adoro y tiene en mi alma un altar. También ella se conquista día a día trece altares de sus hijos, y de unas cuantas decenas de nietos y bisnietos.

Sus hermanos

Del matrimonio de Eduardo e Isolina nacieron 13 hijos: Eduardo Francisco (1943) María del Carmen (1944) Deolinda Beatriz (1945) Ricardo Amílcar (1946) María Julia (1948) Carlos Alberto (1950) Ana María y Luis Enrique, mellizos (1951) María Cristina (1952) Daniel Oscar (1957) Antonio José (1958) Ángel Marcelo (1960) Gustavo Adolfo (1961).

En una carta que les dirige a todos ellos en 2007, Eduardo les dice: *Soy consciente que habiéndome ausentado físicamente de casa desde muy temprana edad, nada fue lo que pude colaborar en la realización y progreso de los bienes materiales de la familia. Entiendo que mi ausencia no sólo me privó de dicha colaboración, sino también de la rica y no siempre fácil tarea del compartir fraterno, mientras las cosas “se van haciendo”. Quizá por eso la cercanía experimentada durante los 18 años que estuve en el Don Bosco de San Nicolás, fue para mí tan grata y enriquecedora.*

Eduardo, forzosamente lejos por su vocación, lo mismo desde lo afectivo no perdía de vista a sus hermanos. Le gustaba estar al tanto de ellos, de sus logros y penas. De sus hijos y nietos, y siempre custodió el valor del encuentro, del festejo en familia por uno u otro motivo. Con gusto llevaba su propio álbum familiar de fotos, registrando meticulosamente fechas y aniversarios.

En el Don Bosco de San Nicolás

Volvemos a leer a Eduardo: *Corría marzo de 1949, estaba yo en primer grado inferior, y mi maestro era el P. Domingo Ventura. En los demás grados tuve como maestros: en primero superior al trienista Tarcisio Cevesatto, en segundo grado al trienista Elvio Brisaboa, en tercer grado al P. Octavio Granero, en cuarto grado al laico Mariano Poli, el quinto grado al P. Luis Ripula y en sexto grado al P. Roberto Terzaghi. Al P. Pablo Széliga le debo la insinuación para ingresar al Aspirantado Salesiano de Vignaud.*

Efectivamente, pasó al Aspirantado Salesiano de Vignaud (Córdoba) en noviembre de 1956. Durante el año 1960 realizó el Noviciado en Manucho (Santa Fe), bajo la dirección del P. Ángel Butto como maestro de novicios. De esa etapa recuerda también la rica personalidad de otro formador, el P. René Galoppo. Profesó como salesiano de Don Bosco el 29 de enero de 1961.

Con los estudios de Filosofía, se recibió también de Maestro Normal Nacional en 1963. Esos años vividos en Vignaud fueron, sin descartar lo positivo, años de mucha tensión para Eduardo. El sufría mucho el desapego que en aquellos tiempos se exigía con respecto a la familia. Toda visita debía ser muy esporádica y breve en cantidad de días. Su mismo padre tuvo más de un intenso intercambio con los superiores al no poder comprender ese tipo de restricciones. Todo esto marcó a Eduardo y mucho tuvo que ver en su salud marcada varias veces por problemas gástricos.

Los años del Tirocinio - después de los estudios de Filosofía y antes de iniciar los de Teología- los hizo en Paraná, Corrientes Centro y en Vignaud.

La ordenación sacerdotal

Otro aire, fraterno y más abierto, fue el que pudo respirar de 1967 a 1970 en el Instituto Clemente Villada y Cabrera de Córdoba, ("el Villada") Villada. Recuerda con inmenso cariño al P. Pascual Somma, y algunos de sus profesores: Francisco Tesarollo, René Galoppo, Néstor Gastaldi, Lelio Fernández, Antonio Malarczuk.

Fue ordenado sacerdote el 20 de setiembre de 1970 en la catedral de San Nicolás, por imposición de manos del Obispo. Mons. Carlos Horacio Ponce de León.

Entre sus compañeros de los años de Teología se encuentran Américo Aguirre, Cayetano Castello, Rufino Celis, Juan Etulain, Joaquín López,

Vicente Martínez, Orlando Nicoletti, Carlos Rebinski ,Vicente Richetti. También José Luis Wenk, Guido Burchardt, Sergio Carvajal, Miguel Ángel Nicolau, Roberto Albergucci.

Estudiar Teología e iniciar el ministerio sacerdotal entre los años 60 y 70 era algo tan desafiante como un poco espinosos en cualquier vocación pastoral. Eran los años marcados por todo lo que generó el Concilio Vaticano II, antes y después de su realización, que tuvo lugar entre 1962 y 1965. A quienes miramos esos años desde el “aquí y ahora” nos puede parecer algo lejano. No se estaba solamente ante una época de cambios. Sobrevenía todo un cambio de época. Y eso no dejaba de influir también en la fe, la comunión, y la misión. Tiempo de ver más claras algunas cosas y lograr avances, pero tiempo también de crisis e incertidumbres.

Acerca de ese día de su ordenación dice Eduardo: *Con el propósito de sobreponerme a mi temperamento impulsivo y poco dialogante, me propuse como lema para mi sacerdocio las palabras del evangelio de Juan: “que todos sean uno”.*

Tareas y servicios

Apenas ordenado sacerdote fue destinado como Profesor y Asistente al Aspirantado de Vignaud. Después, de 1972 a 1979, fue como Catequista al Pío XI de Corrientes, ciudad a la que después la obediencia lo llevará por muchos más años, pero en el colegio de Corrientes Centro.

- **San Nicolás**

En 1980 estuvo de nuevo en San Nicolás a cargo de la Pastoral Juvenil y en 1993 lo nombraron Director y Párroco de esa misma casa. Durante 18 años tuvo la oportunidad de estar de nuevo en el colegio de su infancia y, por eso, en su ciudad natal.

Puso en juego toda su creatividad salesiana al servicio de esos chicos. Reconoce: *Era el mismo colegio de siempre, pero yo ya no era alumno. ¡Tenía*

36 años! No era un compañero de esos chicos. Era y tenía que ser como un padre. Fue un tiempo de entrega intensa, sin dejar de tener en algunos momentos problemas más o menos complicados de salud.

Le quedó muy grabada una de tantas experiencias pastorales. La visita a los presos en la Unidad Penitenciaria número 3. *Compartiendo una vez sobre las experiencias que pudimos tener tratando de imitar al buen samaritano, destacó la presencia y los diálogos, con los privados de libertad, la contención de jóvenes que sufrían mucho o vivían marcados por su condición homosexual.*

- **Corrientes**

Eduardo había conocido ya el suelo y la gente correntina en los años 70, estando a cargo de la Pastoral en el colegio Pío XI. Luego de estar en San Nicolás, entre los años 1998 y 2006 fue Director en Corrientes Centro. Por todos los años vividos en esa ciudad, es que cultivó un afecto muy grande, y con orgullo mostraba su *Pasaporte de la República de Corrientes*. Lo cual no evitó tener que vivir periodos realmente difíciles para la animación y gestión de la obra.

La provincia de Corrientes en 1999 atravesaba una tremenda crisis política con serias consecuencias económicas. Pedro Braillard, Gobernador de la provincia, era exalumno de Eduardo. A pedido del mandatario hubo una reunión para ver si desde algunos colegios se podía frenar la legítima y creciente protesta de los docentes, particularmente la ya anunciada toma del puente. Eduardo le habló con franqueza y claridad. Había sido su maestro. Las circunstancias no permitieron ninguna mejora de la situación.

Recuerda Eduardo: *Era muy manifiesto el descontento de la docencia y de la sociedad toda. Habían transcurrido cuatro meses sin que se paguen los sueldos, más la deuda de tres medio aguinaldos. Pero, más que el deterioro financiero, el gran desafío fue tolerar y sanar las heridas personales y sociales de los miembros de las comunidades educativas: alumnos, padres, personal docente y no docente.*

Para mí significó un esfuerzo redoblado, pues a raíz de una hepatitis B crónica -diagnosticada a fines de 1998- tuve que enfrentar en ese mismo tiempo un muy duro tratamiento con inyectables. Fueron seis meses con fiebre, malestar general y un gran debilitamiento.

Un exalumno, Mariano Gálvez, nos comenta: Para hacer la secundaria, pasábamos al Pío XI. Donde el salesiano no estaba de forma directa, sino como Representante Legal. En ese rol conocí ante todo al P. Eduardo. Se notaba enseguida de que se trataba de una persona que transmitía autoridad. Pero, integrando yo el CamReVoc, teníamos otra llegada con Edu. Creo que éramos su talón de Aquiles. Tenía una predilección notoria por nosotros, sus camrevoquistas, como con todos los chicos del MJS.

Nosotros obteníamos del Edu lo que los demás no le podían sacar. Alegre. Infaltable el chiste o el poema para recitar. Muy entrador con nosotros. Fiel a la correntinidad, tenía espíritu de chamigo, muy amiguero. Difícil que le gustara el encierro. Salía, iba al encuentro de los otros, un asado, un festejo, como también como cuando el dolor golpeaba un hogar.

Recuerdo y valoro su frontalidad para decir las cosas. Era contundente y claro, y esto no significaba falta de respeto. Era frontal y las cosas las decía con claridad. Recuerdo que, ante la muerte del papá de un compañero, al que apodábamos "Flecha", él se acercó, con mucha calidez y firmeza, y luego de darle el pésame, con tono de advertencia paternal le soltó: "Flecha, esto es la vida. Es así nomás". Directo, como siempre. Con ánimo de absoluta honestidad.

Como contrapartida a la dura situación social, Eduardo siempre recordó la hermosa experiencia de la comunidad salesiana. Numerosa y fraterna. Por eso lamentó mucho la muerte de 3 salesianos en un periodo muy corto de tiempo: P. Horacio Lavagna (15.06.04), P. José Di Bárbora (07.06.05) y P. Norberto Porporato (13.11.05). Con cariño y con la buena pluma que Dios le regaló, Eduardo trazó la semblanza de vida de cada uno de ellos.

A la del P. Lavagna la tituló *Carta desde el cielo*. La de Di Bárbara lleva el nombre de *Hombre del Espíritu, hijo amado de María*. Y la de Porporato, *Yo vengo a ofrecer mi corazón*.

- **Resistencia**

En el año 2007 pasó a la Comunidad de Fontana (Chaco), donde entre otros servicios atendió la pastoral de la Parroquia María Auxiliadora, en el colegio Don Bosco de Resistencia. Pero por toda una coyuntura del momento, debió hacerse cargo de la animación salesiana del colegio y ayudar a encaminar todo hacia una gestión laical. Fue muy desafiante todo eso, pero Eduardo reconoce que le resultó muy gratificante también, en un grado en que él no lo esperaba.

Miembro de la comunidad de Fontana, una fractura de cadera lo obligó a operarse con todo lo que supuso la posterior recuperación y rehabilitación, que en parte lo cumplió junto a su familia en San Nicolás. Así se lo concedió el Inspector, P. Manuel Cayo, también para que le ayude la proximidad a su anciana madre.

A comienzos de 2017 pasó a la Casa de Salud Don Zatti (Córdoba) de la que se sintió felizmente egresado un año después. El P. Eduardo nunca regaló salud. Con humor repasaba la cantidad de veces que había estado en un quirófano.

- **Rosario**

La permanencia en Casa Zatti le había resultado muy beneficiosa para su salud. Pocos cambios le deben haber alegrado tanto como cuando el Inspector le anuncia que para el 2018 pasará a la Casa Salesiana San José. Este cambio era algo que no dejaba de considerar casi como una paradoja del destino. Con la juventud y en la plenitud de las fuerzas, todos los salesianos somos más audaces, “de avanzada”, deseosos de cambios más profundos. Eduardo era uno de esos que llevó con más ardor ese instinto “revolucionario”. Y, como en todas las Congregaciones, ciertas obras más

antiguas y tradicionales son miradas con más prejuicio o menos afecto que aquellas que avanzan hacia fronteras más informales o populares. Era el caso del San José.

Por eso, Eduardo reconocía: Nunca me hubiera imaginado que iba a ser yo justamente personal de esta casa. Y ahora que estoy aquí la valoro, la vuelvo a conocer, me siento feliz de hacer mi aporte a los hermanos y ver lo precioso de todo el inmenso trabajo pastoral entre los chicos del colegio. Me impresiona la laboriosidad de los casi 1500 adolescentes y sus educadores. Me deleita la candidez de esos muchachones de diecisiete y dieciocho años que me agradecen con sus caras felices los chipá, los caramelos y los chupetines y sobre todo las mateadas que van unidas a animadas charlas, partidas de truco, sin que falten las reflexivas y confidenciales conversaciones. Por algo será que, en los controles médicos, me van encontrando cada vez mejor, más armonizado y saludable en mente, alma y cuerpo.

Y no por lo experimentado en esta nueva etapa de su vida, Eduardo renegaba de su visión sobre la iglesia y el mundo. Pero muchas ideas o ímpetus habían decantado. Cuando en el diálogo o en la mesa de comunidad asomaban temas que en su momento podían causar divisiones o enfrentamientos, Eduardo ahora sabía callar o hasta recordar ciertas cosas con humor, tratando de contribuir siempre a la paz fraterna. Compartir la mesa comunitaria con Eduardo era comprobar siempre su óptima memoria, su vasta cultura, innumerables recuerdos marcados por esa valiosa cualidad que es poder reírse de sí mismo. Si era domingo o se celebraba algo en especial, él acercaba alguna golosina o presente a la mesa; preparaba una poesía en honor al Padre Director o al que fuere homenajeado. Estaba siempre atento a los detalles de la vida de familia. Le reclamábamos por allí que no se dejara ganar tanto por la ansiedad en todo lo que preparaba, pero era innegable el amor que ponía en todo y a cierta edad, uno es como es...

Nieves Prieto, portera del San José, recuerda: *Desde su llegada recuerdo su alegría y su humildad y su deseo de estar entre los jóvenes. Vino y me pidió el horario de los recreos y pacientemente esperaba a que llegaran esos*

momentos, para estar con ellos y algunas veces repartir o lanzar al aire un montón de chupetines. Así se ganaba su confianza. Y no faltaba con muchos la palmada, la charla profunda, la confesión. Cada tanto nos sorprendía gratamente con los chipacitos que muy temprano preparaba y repartía a los chicos y al personal, en las oficinas y pasillo.

A la par de zambullirse generosa y creativamente en los patios y experiencias del San José, estos años encontraron a Eduardo viviendo otras cosas en las que ponía el corazón y le impulsaban a siempre mayor entrega. En octubre de 2018 falleció en Casa Zatti el P. Angel Tettamanzi, a los 80 años de edad. A él, Eduardo le rinde homenaje escribiendo *El Ángel del Porteñoito*, libro que recoge su biografía y especialmente su entrega de muchos años en Gral. Güemes (Formosa). Dicho escrito fue fruto de extensas conversaciones entre ambos.

En abril de 2019, Eduardo pudo participar en La Rioja de la Beatificación de Mons. Enrique Angelelli, Carlos Murias, Gabriel Longueville y Wenceslao Pedernera. Eduardo, junto a otro salesiano muy amigo, el P. Néstor Gastaldi, habían conocido y compartido algunas charlas con Mons. Angelelli allá por los años 70. Volvió encendido de alegría a Rosario. Y enseguida empezó a hablar de los nuevos beatos, a repartir estampas y algunas reliquias.

Los laicos

El P. Eduardo cultivó siempre un especial reconocimiento hacia los numerosos laicos que forman parte de nuestras obras. Quizá esta particular predilección tuvo que ver para que la entonces *Inspectoría Nuestra Señora del Rosario*, lo eligiera como Delegado al Capítulo General XXIV de la Congregación. El mismo tuvo lugar en Roma, en 1996. Y Eduardo acompañó al Inspector de Rosario, P. Juan Cantini. En aquella importante asamblea salesiana se abordó justamente el tema de la presencia y el rol de los laicos, con quienes los salesianos compartimos el espíritu y la misión. Entre 1997 y 2002 fue Consejero Inspectorial, acompañando parte de la gestión de dos inspectores, primero del P. Juan Cantini y después del P. Carlos Bosio.

Carlos Zanín, responsable por muchos años de la obra de Pío XI de Corrientes, a la hora de describirlo a Eduardo, dice: *Era un Don Bosco viviente. Marcó mi vida y la de muchos correntinos. Un hombre jugado, coherente, compañero de ruta. ¡Y sigue presente!*

Luis Arjol, muy cercano a él, nos comenta: *Eduardo era simplemente diferente. Un cura distinto que llegó a Corrientes en 1972, y fue dejando huellas imborrables en quienes lo conocimos, durante su paso por las Instituciones de la Obra de Don Bosco de Corrientes y Resistencia. Siempre manifestó su generosa disposición para “escuchar al otro”, como nos solía decir: “... si lo querés ayudar, hacé silencio y escuchalo...”. Dueño de una oratoria extremadamente rica en expresiones, pero a la vez, clara y concreta en conclusiones. Era el “verdadero maestro” durante sus exposiciones y sermones, donde resultaba un deleite escucharlo. Ni qué decir cuando teníamos la posibilidad de compartir una reunión informal, donde disfrutábamos de escuchar las más elevadas opiniones, con una total y práctica conexión a tierra, regalándonos valiosas herramientas para la vida diaria. Así de simple y así de generoso, con su tiempo y con su sabiduría.*

Pedimos también a Juan y Stella Cervetti que nos comenten qué es para ellos recordar al P. Eduardo. Y nos dicen que es *volver a ver su paso apurado, el mate, sus tonos, y esa mirada que hablaba sin palabras para los que lo conocíamos. Gruñón, afectivo, sincero, presente, cercano...con muchas denominaciones, para mí, según la ocasión: podía ser Padre Eduardo o directamente Edu. En tres pequeñas anécdotas haremos una semblanza de su vida en nuestra vida.*

Era un día de calor muy correntino. Caminábamos por el patio del salesiano y obvio que el adelante y yo detrás. Veníamos hablando o venía hablando yo (ahora lo pienso), y de repente se detuvo giró sobre sus pies y firmemente como sabía hacerlo me dijo: “¿A quién le rendís cuentas vos?, los hijos de Dios somos libres, una libertad que nace del amor y da felicidad”. ...el silencio se instaló entre nosotros, el siguió su camino y yo aprendí esa profunda lección para todos los días de mi vida.

Pensaba hacer las promesas de salesiana cooperadora, en mi corazón daba vuelta eso y sentía una gran responsabilidad. Así llegué a su oficina con esos chipacitos que le encantaban. Le conté lo que me pasaba y siempre práctico, decidido y contundente como era, me dijo: “Desde los 27 años elegís seguir a Don Bosco y ahora que él te quiere adoptar das tantas vueltas?”. Claro que el día de mi promesa fue un día de fiesta.

Él estaba atravesando un momento de enfermedad. Su pieza medio en penumbras, entré silenciosamente, le di un beso en la frente, estaba con los ojos cerrados, me agarró la mano y me dijo: “recemos la oración de la virgen de Itatí” y yo le contesté que no la sabía de memoria.... entonces él la decía y yo iba repitiendo. Al finalizar me dice: “todas las Marías son María y en estos días me tiene que cuidar”. Le di un fuerte abrazo.

El educador

Si con una misión Eduardo se sentía identificado era la de educar; abrazaba con pasión el sistema preventivo heredado de Don Bosco. A sus 66 años se permitió escribir que no estaba tan seguro de que volviendo a vivir eligiera de nuevo el sacerdocio. Le chocaba lo que para él eran estrechos y anquilosados esquemas eclesíásticos. Pero de lo que sí estaba plenamente seguro era de que volvería a ser educador.

Durante su servicio en San Nicolás, junto al Profesor y amigo Jorge Noro, escribieron dos libros acerca de la educación: “¿Educar adolescentes?” y “Al ritmo de los adolescentes”.

En 2008, el CONSUDEC, le otorga la *Distinción Divino Maestro*. En esa ocasión, Jorge Noro, puso por escrito las cuatro razones por las cuales consideraba que era muy justo otorgar ese reconocimiento a Eduardo.

En primer lugar, porque has sido el Maestro de nuestra generación. Estuviste allí enseñando a la antigua usanza educativa y salesiana. Estuviste. En el pleno sentido de la palabra: presencia, vigilancia, prevención, consejo, advertencia, palabra, grito, enojo, castigo, reconciliación, abrazo, cuidado.

En segundo lugar, porque creo que muchos de nosotros nos hemos apropiado de ideas, convicciones, formas de intervención que son tuyas: generosamente has dejado que nos sintamos los creadores de un estilo que en realidad te pertenece.

En tercer lugar, porque hay algo más profundo en tu modo de ser maestro. Son pocos los que tienen la generosidad de convertir a sus discípulos en colegas, de romper la asimetría “maestro-alumno”, para construir una asimetría enriquecedora, en la que los antiguos alumnos se convierten en compañeros de ruta.

Y, en cuarto lugar, porque has tenido siempre la grandeza de dejarnos remontar vuelo propio. Ese morir para que el otro viva. Ese gesto de educador que se sabe más realizado cuanto más lejos llegan sus discípulos.

Tres recuerdos más todavía ...

Delicadeza. El Eduardo de sus años mozo, era activo, pujante y temperamental. Extrovertido y decidido. Pero al mismo tiempo sabía ser delicado y respetuoso con aquel a quien tenía adelante. Sabía preocuparse por el ánimo y el bienestar del otro. Cuando ya llevábamos varios meses de convivencia aquí en el San José, buscaba el momento oportuno, entraba a mi oficina y me decía: *Tenés muchas cosas entre manos, Angelito. Espero que estés bien. Contá conmigo, ¿eh? Yo rezo por vos.*

Entrega. A pesar de que su salud no era tanta, animoso cada mañana recorría oficinas, salas de pastoral y los patios. Gustaba de pasar entre los chicos, en salones y talleres. Y cuando llegaban los viajes, como eran las idas con los chicos de Tercer Año al Valle de la Inmaculada, yo me preocupaba mucho que por acompañarnos le terminara pasando algo. De estas innecesarias cavilaciones me librara el pastoralista Germán Cuesta, diciéndome: *¡Pero Chosqui! ¿qué es lo peor que le puede pasar a Eduardo? ¿morirse? ... ¿Qué mejor que dejar esta vida mientras está en medio de los chicos, gozando de lo que más le gusta?* Fue en el marco de una convivencia en el Valle de la Inmaculada que Lautaro G., ahora egresado,

le dijo espontáneamente a Eduardo: *“te siento y quiero que seas el abuelo que no tuve”*

Lo importante. Para Eduardo era una satisfacción dar los *Buenos días* a los chicos del secundario, o las *Buenas tardes* a los del Bachillerato para Adultos o la gente que viene a los cursos de capacitación. Sus mensajes eran siempre breves, claros y concisos. Ni una sola palabra demás. Transcribo aquí uno de los que más me impactó y que sin duda reflejan su propia vivencia interior: *Chicos, chicas. Cuídense mucho de dos grandes impostores. Uno es el éxito y otro el fracaso. No les crean. Engañan. Hay quien tiene éxito, pero no hizo nada por lograrlo. Hay quien fracasa, pero lo mismo puso todo de su parte. Ojo con esos impostores. Lo más importante es el esfuerzo. Eso es lo que Dios mira.*

La unión con Dios

Eduardo amaba mucho a María, y a todos les insistía en el valor de esta devoción. Era muy común verlo con el rosario en la mano en esos momentos de espera o inactividad. En octubre de 2018 hizo una semana de Ejercicios Espirituales en Manucho. Me compartió algunas resonancias personales a partir de algo que es central en nuestra vocación, aquello de ser “contemplativo en la acción”. Eduardo, ante ese tema, escribía orando: *Señor, quiero trabajar orando y orar trabajando. Que aprenda a hacerlo todo transparentándote, entregado al Padre, en el servicio a todos los que me envíes. Que aprenda a amarte y alabarte porque me permites “completar la obra de tus manos”. ¡Que no la arruine con mis imperfecciones! Que pueda entregarte el mundo un poco mejor de lo que lo recibí.*

Tú me llamas a la sencillez, a la simplicidad, al ocultamiento y a saber vivir la riqueza de la soledad. Te quiero responder, no dándome importancia a mí ni a lo que me pasa; prescindiendo de lo pasajero, de lo que sobra; sabiendo que Dios no se muda, y que la paciencia todo lo alcanza.

Era una persona que trabajaba mucho sobre sí misma, sobre su vida interior. Por eso, en épocas donde no era algo tan frecuente (ni

comprendido...) al tratarse de sacerdotes, supo recurrir a la terapia psicológica. La profesional era una mujer de Rosario, judía y atea. Eduardo siempre se mostró agradecido de este vínculo terapéutico. Sonriendo reconocía que *“ambas partes salimos ganando: yo no perdí la fe, incluso la purifiqué; y ella valoró mucho lo que era nuestra vida religiosa y el sistema preventivo”*.

Una fiesta muy esperada

Eduardo se preparaba a festejar sus 50 años de sacerdocio, el 20 de setiembre del 2020. Y el 29 de ese mismo mes, su mamá Isolina festejaría sus 100 años. Por eso, un par de años antes ya venía planeando muchos detalles que harían a ese doble e histórico festejo, familiar y vocacional.

Pero al mismo tiempo, durante los años 2018 y 2019, Eduardo tuvo que superar momentos muy críticos debido a accidentes cerebro vasculares que fueron minando su estado general. Del primero de todos salió airoso, lúcido, más activo que nunca. Jamás mezquinó fuerzas cuando se trataba de estar con los alumnos en el patio, acompañarlos al Valle de la Inmaculada, o hacer con los más grandes el viaje a Patagonia.

Hacia fines de 2019, una nueva crisis fue más aguda. Y por eso el 16 de enero del 2020 dos de sus hermanos lo llevaron a Casa Zatti para una mejor atención. Fue el año de la pandemia. Recibió los cuidados necesarios, pero su estado general lo mismo fue declinando más y más. En los momentos de lucidez recordaba y mantenía el entusiasmo por aquel doble festejo largamente esperado.

Su mamá, Isolina, acompañada de algunos de sus hijos, en San Nicolás, también se iba apagando. Y así el 13 de julio, dos meses antes de cumplir 100 años, falleció rodeada de cariño y con mucha paz.

Buscando el momento y modo más oportuno, el P. Gabriel Romero, se llegó hasta la Casa Zatti a transmitir la triste noticia al P. Eduardo. La recibió con fe, con lágrimas, con aceptación.

El estado de fragilidad y la pérdida de conciencia fueron deteriorando más a Eduardo. Por eso aquel domingo 20 de setiembre, en que cumplió sus Bodas de Oro Sacerdotales, muchos nos unimos de corazón en oración por él. Y fue el sábado 31 de octubre que ya se apagó para siempre.

San Nicolás quedaba chico para aquella fiesta tan importante y tan esperada. Isolina y el mayor de sus 13 hijos ya se encontraron, en Dios. Y ahí, cara a cara, dieron gracias, por una vida tan larga y por una vocación tan sentida.

Un agradecimiento

Como ya se dijo, de enero a octubre del 2020, el P. *Eduardo* estuvo en la casa de salud del Pío X, en Córdoba. En nombre de la familia Jorge como de esta comunidad, agradecemos el cariño y todos los cuidados ofrecidos por los salesianos y el personal de la Casa Zatti para bien del P. Eduardo. Al Doctor Gustavo Vázquez y a todo su equipo, nuestro más sentido agradecimiento.

Sus restos mortales descansan en el panteón familiar, en San Nicolás. Antes del sepelio, el domingo 1° de noviembre, Solemnidad de Todos los Santos, se ofreció una misa en el patio del colegio Don Bosco. Las restricciones impuestas en plena pandemia no impidieron que muchos testimoniaran el enorme afecto que sentían por el P. Eduardo. Presencialmente algunos, y muchísimos a la distancia.

Salir al encuentro

Mientras termino de redactar estas páginas, y es febrero de este 2023, veo desde mi oficina cómo empiezan a llegar los alumnos del San José a rendir materias pendientes. Estoy medio paralizado sin saber cómo cerrar esta semblanza, y tengo una inspiración: me parece ver a Eduardo que abre apenas mi puerta, se asoma y me dice feliz: *¡Volvieron los chicos, Angelito!* Y ahí me queda claro, ya sé cómo concluir este texto y homenajear a

Eduardo: levantándome pronto y yendo al encuentro de los alumnos.

Gracias, Padre, por regalarnos a Eduardo Jorge. Lo tienes ahora contigo y lo abrazas con tu paz. A los que tantas veces le preguntamos: ¿Adónde vas ahora, Eduardo?... ya sabemos que llegó.

P. Angel Amaya
Pare Director
Casa Salesiana San José

Datos para el necrologio

Salesiano Sacerdote Eduardo Francisco Jorge

- San Nicolás, 10 de mayo de 1943.

- Córdoba, 31 de octubre de 2020.

Falleció a los 77 años de edad, 59 de salesiano,
y 50 de sacerdocio. Fue por 14 años Director.